

EL PRIMER BESO.

Juan Emilio García López

Manolito se crió en un pueblo pequeño de Los Pedroches. Vivió con su madre y sus abuelos ayudando en la empresa familiar, pues su padre, campesino, murió antes de que cumpliera los dos meses. Le gustaba irse al campo con sus tíos que eran aparceros o , sobre todo, con un tío de su madre y sus primos, también aparceros, por ser más jóvenes, estar el cortijo en plena dehesa y tener más posibilidades para pasarlo bien.

En los años duros de la postguerra ni los jornaleros ni los aparceros tenían un duro; pero estos no pasaban hambre pues los amos les dejaban tener dos vacas para la leche, una pequeña piara de cochinos para la matanza, gallinas, pollos y huevos, horno para hacer pan, verdura en todo tiempo y frutas solo en verano; quizás las únicas carencias eran la vitamina C, en invierno, y el pescado que, excepto el bacalao salado, solo se comía de tarde en tarde. Esto, el trabajo excesivo desde niños y la presión psicosocial daba lugar a la baja estatura entre otras deficiencias.

En el plano de la procreación se utilizaba, como método anticonceptivo, entre otros, rudimentarios, la "lactancia prolongada", ya que la mujer no ovulaba mientras amamantaba. Razón por la que los niños nacían con dos o tres años de diferencia y aunque morían la mitad siempre sobrevivían más de media docena.

La alimentación escasa, la desproporción en principios activos y la escasez de proteínas, causaba problemas de salud, sobre todo en la clase obrera que solo tenía el jornal, cuando trabajaba, y carecía de otros recursos.

En el aspecto socioafectivo también había diferencia entre ellos. El aparcerero permanecía muchos años en el mismo cortijo por lo que se tendían lazos de cariño y familiaridad con los amos. Se consideraban de clase media y votaban distinto a los obreros cuando tuvieron la oportunidad de hacerlo.

Cuando llegaban las vacaciones, Manolito estaba deseando de subirse al carro tirado por mulas camino del campo donde era chico para todo, porque los niños de la postguerra tenían asumido que habían de ganarse el pan de cada día. Allí guardaba los cochinos de su tío, una pequeña piara comparada con la enorme del ama del cortijo. Los llevaba al rastrojo en verano y a la bellota o montanera en invierno, las mulas y yegua al pozo donde les sacaba agua para que bebieran gran cantidad tras la trilla o el trabajo; trillaba la parva con los trillos de la época, menester que le encantaba y que lo aprendió muy bien siendo aún muy niño. Algunos días no se bajaba del trillo pues trillaba por la mañana un parva de cebada y por la tarde otra de trigo. Algún trabajador le decía que no sabía si agradecerle la visita, porque aunque no tenía que trillar, sí tenía que aventar a mano todo el día, por la mañana el trigo y por la tarde la cebada. Entonces no había máquinas. Aparecieron unas pequeñas de Ajuria que se movían a mano para separar la paja del grano cuando se había aventado la paja más fina, tarea que, junto con recoger la era, más le costaba a Manolito que tenía que ponerse de puntillas para dar la vuelta a la manivela.

Se segaba a mano, de sol a sol, y se hacían cargas con haces extendidos, cuyo número se calculaba multiplicando columnas por hileras cuando se barcinaba con el carro provisto de estacas. Un hombre colocaba los haces que otro le facilitaba pinchados en horca de hierro. Tarea difícil cuando se formaba una copa voluminosa en las últimas hileras y después su traslado a la era. La paja se guardaba en los pajares metida con la bielga o bielda por un agujero cuadrado llamado avispero. El tupirla con el calor y el polvo era poco apetitoso. Algunos obreros tenían que hacerlo con toda la canícula y en domingo. Se encontraba muchos nidos de perdiz y tórtola. No tocaba a los primeros nadie de la familia, pues querían que nacieran los perdigones que desde recién nacidos era un placer verlos correr tras la madre. Sí se corrían cuando eran mayores para utilizarlos como reclamo en la respectiva caza. De tórtolos se cogía una pareja que luego andaban sueltos alrededor del caserío.

Siempre hubo galgas muy buenas para coger liebres y traerlas a los cazadores. Manolito recordará siempre a la verduga Saria que le temía mucho a los lobos y a la negra Fili que les plantaba cara y perseguía y no le quitaba las liebres ningún mastín, si la seguían la soltaba en el suelo, le enseñaba sus finos colmillos y los paraba hasta que se cansaban y se iban. Podían ver a una liebre saltando un pared a 500 mts., salir tras ella y volver al sitio de partida por el lado opuesto, al cabo de tres horas con ella en la boca.

En aquella época había muchos lobos en el encinar de los términos de Pozoblanco y Villanueva que se oían aullar desde el anochecer. No estaba lejos de las sierras de Cardeña y Fuencaliente donde vivió "Entre Lobos" durante 10 años, Marcos, el niño lobo de Añora. En verano cuando Manolito se acostaba con sus primos en la era tapados con una lona, pues el resencio se notaba de madrugada, todas las noches pasaba una manada de lobos entre la era y la majada: corral de las ovejas y la choza de los pastores, que estaba a menos de 300 metros. Entonces la galga Saria salía chillando hacia el cortijo y la Fili y los mastines corrían tras ellos. Muy pronto se oían los cencerros de las vacas del cortijo de al lado. Dicen que hacen un círculo metiendo las crías dentro y las madres con los cuernos hacia afuera; las yeguas en cambio presentan la grupa.

Manolito recuerda muchas hazañas de los lobos: no se atreven con una cochina parida en una vieja hijadera siempre que haya un solo flanco donde sacar la cabeza. Sí le atacan a las piaras en los cercados porque todos huyen y se comen al que se queda atrás. Se hartan de carne y luego parte de ella se la regurgitan a las crías. Una noche se comieron un berraco que estaba suelto en el campo; fueron varios y estuvieron toda la noche luchando, se veían las huellas y señales en el suelo desde el pozo hasta las hijaderas cerca del cortijo. Fue raro que las galgas y mastines no oyeran ni olieran nada, quizás los lobos aprovecharon la dirección del viento.

Conserva Manolito algunos recuerdos de cuando guardaba los cerdos: Si había una cochina en celo y el verraco quería montarla había que dejarlos hacer y tener paciencia para que los demás no se fueran, pues podían tardar media hora; pero si el verraco se iba hacia él haciendo espuma con la boca, tenía que alejarse de la cochina o irse con valor y el látigo de frente y normalmente a campo libre el verraco huía. En una ocasión se juntaron los cochinos ibéricos puros del ama con los bermejotes cruzados de su piara. (Hasta que aparecieron los blancos todos tenían un gran porcentaje de ibérico). Los verracos del ama, negros pelados, pesaban 7 u 8 arrobas y el de Manolito 13 o 14. Los dejó que se pelearan pero al rato el pequeño, más suelto

y con colmillos más largos y afilados, le hizo una gran herida al grande, tuvo que separarlos rápidamente y luego curarle la herida con zotal para que la mosca no depositara sus larvas y se le infectara.

Cuando Manolito tenía entre 13 y 14 años sucedió que al lado de la zahúrda donde guardaba los cochinos estaba la casita del porquero del ama, pero al llevarse la piara a otro cortijo la ocupó un cuñado que estaba haciendo picón. Le ayudaba su hija María también entre 13 y 14 años. Ya era una mocita morena, guapa y pizpireta. Manolito también era adolescente, pero estaba mucho más añado que María. Esta lo hacía rabiar todos los días de diversas maneras; la forma preferida era escondiéndole el látigo todas las mañanas y aunque Manolito disfrutaba porfiando con María para que le dijera donde lo escondía, se ponía nervioso porque no quería perder mucho tiempo para que no le riñera su familia. Aunque la niña le ayudaba a su padre a hacer picón, las cosas de la casilla, lavar e ir al pozo a por agua que estaba lejos, siempre estaba en ella cuando Manolito sacaba o metía los cochinos y siempre lo zahería y acosaba graciosamente.

Una tarde cuando el niño cerró los cochinos empezaron a jugar como cada día y después de correr y saltar, cansados y carreando, María se paró de pronto, sujetó a Manolito, se le fue acercando poco a poco, le dio un beso largo, cálido y húmedo en cada mejilla, luego siguió rozando la cara con sus labios hasta que llegó a los de Manolito, los rozó suavemente, después los humedeció y apretó con dulzura durante un buen rato... Manolito estaba atónito, no sabía cómo reaccionar; todo su cuerpo se erizó, mas no movió ni una sola brizna, excepto las que se irguieron autónomamente. Siempre recordaría ese momento: el olor natural de un cuerpo joven jadeante, pues el jabón de sosa con el que se lavaba María, la dejaba limpia, pero no borraba los efluvios de aquel portento de la naturaleza; también oír al unísono sus corazones latiendo a mil por minuto. No olvidaría jamás que aquella tarde primaveral pudo abrazar por primera vez la obra más perfecta salida de la mano del Creador, un cuerpo con unas lindas y exuberantes redondeces, las primeras que había tenido tan cerca, la risita guasona y provocativa... Todo su ser quedó impregnado de sensaciones voluptuosas y placenteras imborrables y un enfado monumental por no haber movido ni un solo músculo para abrazar, besar y alcanzar la gloria con el primer maná del Cielo que había caído en sus manos.

Tras aquel día cesaron los juegos y las bromas; la niña, siempre dentro de la casita, le miraba por un ventanuco o una rehendija de la puerta; el niño miraba de reojo, sabedor de que estaba siendo observado, pero nunca jamás volvieron a hablar.

El último día, porque se acababan las vacaciones, Manolito se enteró de que el piconero iba al pueblo con la burra a por jato al terminar la jornada, y como estaba a dos leguas volvería tarde, así que María estaría sola. Estuvo nervioso todo el día con una idea fija. Al llegar la noche su primo Juan le dijo que fuera con él a las hijaderas viejas para ver si había alguna cochina parida o de parto. Dieron una vuelta y vieron varias encamadas, pero tranquilas. De regreso al cortijo Manolito le dijo a su primo que iba a dar una vuelta por la zahúrda por si algo no iba bien; su primo se rió, pues aunque Manolito siempre estaba contento, ese año desbordaba actividad y alegría. La zahúrda y la casita estaban a 600 metros del cortijo. El corazón de Manolito se le salía por la boca. En la mitad del camino se paró; el objeto de su deseo estaba a 300 mts., por la espalda aullaban los lobos en el monte cercano, cada vez más

cerca, preparándose para la cacería de cada noche, pasando muy cerca de donde él se encontraba. En ese momento recordó haber leído que en los Montes de Sierra Morena que separan el Valle de Alcudia de la Comarca de los Pedroches, un zagal, poco mayor que él, fue desde su choza a otra cercana para ver a su novia, pero nunca llegó. Al otro día se encontraron sus ropas echas girones, sus botas y algunos restos de su cuerpo.

¿Qué se encontraría en la casita? ¿La consumación de su primer abrazo o un exabrupto?, pues María tenía un fuerte carácter, mucho pudor y respeto a su padre. Manolito temblaba de miedo y de pasión. Por un lado los lobos que no tardarían en pasar y según el hambre se pararían o no; de frente la incertidumbre, la fragancia natural, la belleza, la pasión, la vida... Dio media vuelta, salió corriendo, las galgas salieron a su encuentro porque lo olieron, entonces respiró profundamente. Al llegar al cortijo su familia estaba preocupada porque nunca había salido solo de noche. Su primo Juan se sonrió y le preguntó ¿Parece que has tardado poco? ¿Has visto la zahúrda de lejos?... Manolito volvió a la dehesa, pero ya le aburría la noche a la luz del candil o el carburo; incluso para ir temprano a la Fiesta de la Virgen de Luna, cerca del cortijo; ya no disfrutaba tanto, tampoco estaba María..., se había ido con su familia a trabajar a Cataluña. A pesar de preguntar mucho, jamás supo nada de María. Aunque añoraba su niñez en el campo y sobre todo las vacaciones de la Semana Santa de 1954, los estudios, el trabajo y el cambio de prioridades le hicieron no volver al cortijo físicamente en cambio los recuerdos de esa etapa permanecieron indelebles en la mente y el alma de Manolito...